

EL JUEGO DE LA OCA PR LOGO

Primero fue la euforia de una carrera triunfal e irrefrenable. Pronto llegaron el pozo, la cárcel, el ahorcado, la muerte. El regreso a la casilla de partida. Todo dictado por el azar de esos dados erráticos en manos de un mal actor que se pavonea sobre el escenario mundial. Estamos en un mundo nuevo, plagado de nuevas amenazas y peligros, que necesita nuevos conceptos y métodos de combate. Quien no sepa entenderlo quedará condenado a la insignificancia, a descartarse de este juego. Con este cuento bullendo en su cabeza se puso en marcha aquella coalición de voluntarios que iba a salvarnos del nuevo Eje del Mal, reproducción clónica de aquel eje derrotado hace sesenta años en las playas de Normandía y en las islas perdidas del Pacífico.¹ Él era el aguerrido comandante en jefe preparado para todo, dispuesto a todo. Para emprender esta cruzada, requirió y obtuvo todas las armas legales, y también las ilegales, que necesita un César para lanzar a sus legiones a la guerra. Con todos estos poderes en la mano, advirtió, amenazó, emplazó. A los enemigos y a los amigos, a los tibios y a los indóciles. Denostó y excomulgó a quienes no se plegaron a sus designios y les apartó de los fabulosos beneficios futuros que iba a rendir su filantrópica empresa. Amañó, falsificó, manipuló y mintió. Al fin, desde una isla en mitad del Atlántico,

1. La expresión Eje del Mal, inspirada en la Segunda Guerra Mundial y su eje Berlín-Roma-Tokio, corresponde a tres países sin relación alguna entre sí, que son Irak, Irán y Corea del Norte, y fue utilizada por primera vez por George Bush en su discurso del Estado de la Unión de 2002.

acompañado de sus más dilectos aliados, lanzó su última admonición, antes de desencadenar sobre Irak la conmoción y el pasmo (*shock and awe*).² Ahí empezó este juego de la oca que no podía terminar bien, que no terminará bien; esta partida mortal que no ha concluido y que nadie sabe muy bien cómo hacer para que concluya.

El juego de la oca es el itinerario circular de una marcha atolondrada y absurda hacia la nada, en la que la calma con que todo regresa una y otra vez es la apariencia rutinaria donde se esconden el ruido y la furia. El jugador que tiene el cubilete en sus manos creyó algún día, creyeron también sus amigos y consejeros, que todo iba a resolverse en un abrir y cerrar de ojos, y luego se haría la luz: en Irak se instalaría un régimen democrático, que irradiaría su ejemplo a todo Oriente Próximo y más allá, en toda el área geopolítica árabe e islámica; llegaría la prosperidad para todos; y el precio del petróleo incluso bajaría por debajo de los 20 dólares el barril, hasta llegar a los 12 según predicaban los más optimistas de sus amigos. Y así fue cómo se desmoronó el régimen de Sadam Husein en cuarenta días, los que transcurrieron desde la noche del 20 de marzo en que empezaron los bombardeos sobre Bagdad, hasta el 11 de mayo, en que el presidente aterrizó sobre el portaaviones U.S. Abraham Lincoln, fondeado a 30 millas de la costa californiana frente a San Diego, y pilotando un caza Lockheed S-3 Viking, para lanzar la proclama triunfal: «Misión Cumplida». Fue un montaje, paralelo al que realizaron los soldados norteamericanos al entrar en la capital iraquí, donde intentaron fabricar el símbolo de la caída del régimen con la estatua derribada del déspota árabe; al estilo de la bandera norteamericana levantada en Iwo Jima o de la soviética en lo alto del Reichstag.

2. La cumbre de las Azores se celebró el 16 de marzo de 2003 con la participación, junto a Bush, de Tony Blair, José María Aznar y José Manuel Durao Barroso. De allí salió un ultimátum de 24 horas a Sadam Husein antes de que se iniciara la invasión, que empezó el día 20 de marzo.

A partir de aquí, llegó el desastre. Mal cayeron los dados con la guerra, aunque proporcionaron esas rápidas cabalgadas que levantan la euforia patriótica. Peor cayeron con la paz, que no lo fue, sino caos y pillaje, destrucción y desorden, guerras civiles y sectarias multiplicadas y segmentadas de todos contra todos. Pero lo peor, siendo mala la guerra, fueron los gobernantes enviados por el imperio, cónsules caprichosos e ignorantes preocupados de su autoridad y su prestigio, jefes militares incompetentes y sin escrúpulos, negociantes preparados para llenarse los bolsillos y organizar la corrupción y el saqueo del que había sido uno de los mayores emporios petrolíferos del mundo. O esas milicias privadas contratadas por empresas, embajadas o el propio Gobierno norteamericano, que redoblan los esfuerzos bélicos sin el compromiso de quienes actúan bajo la bandera y la disciplina del ejército, y cuentan incluso con mayores márgenes para la actuación irregular o para el crimen sin castigo. Enseguida, la fortuna de los dados dio con el dictador oculto en un pozo, pero este éxito evidente apenas alivió la idea de una invasión pésimamente organizada y cruel con los civiles, que destruyó a un país que funcionaba, avivó las diferencias entre comunidades y tribus y mandó a millones de iraquíes al destierro para evitar la muerte. Al contrario, tres años después, su ejecución humillante a cargo de policías chiítas, registrada clandestinamente con un teléfono portátil, sembró todavía más la discordia y el resentimiento, y ofreció la imagen de un gobierno sectario y vengativo, incapaz de acomodarse al Estado de derecho que la invasión debía garantizar.

La quiebra moral fue la mayor derrota. La Guerra Global contra el Terror, declarada por Bush tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 y desplegada en Irak como frente principal, debía servir para defender los valores de la libertad, la democracia y el Estado de derecho amenazados por los terroristas. El megaterror desencadenado por células de islamistas violentos en los atentados de Nueva York y Washington, en

Bali y en Bombay, en Londres y en Madrid, no tenía otro objetivo más que conseguir la rendición ideológica de las sociedades libres frente al fanatismo fundamentalista y sus dictaduras. La victoria fue fácil y silenciosa: desde la Casa Blanca se les concedió a los terroristas lo que pedían. El gobierno de la mayor y más antigua democracia del mundo pronto se adaptó a la imagen que los terroristas necesitaban para seguir denostando a Estados Unidos y a todo Occidente. Los plenos poderes presidenciales no sirvieron tan sólo para hacer la guerra, sino sobre todo para eludir el control del poder judicial y del legislativo. La concentración de poder en manos del presidente dibujó la amenaza de una dictadura imperial, en la que el inquilino de la Casa Blanca podía dar órdenes de detención y de secuestro, aprobar escuchas telefónicas ilegales o abrir cárceles clandestinas, legalizar la tortura o suspender la aplicación de las convenciones internacionales sobre prisioneros de guerra. Esta victoria de los valores del terror ha producido dos símbolos ominosos que son Abu Ghraib y Guantánamo, el primero para designar las sevicias sexuales a que fueron sometidos los prisioneros iraquíes en esta cárcel, fotografiadas y grabadas además en vídeo para mayor solaz de los torturadores, y el segundo, el campo de detención e interrogatorio construido en la base militar que Estados Unidos tiene en la isla de Cuba, convertida en un limbo legal donde no se aplica ni la legislación norteamericana ni ninguna otra legislación internacional, puesto que Washington no reconoce a los detenidos el carácter de prisioneros de guerra y les considera combatientes enemigos irregulares sin protección bajo los criterios de las convenciones de Ginebra.

Estados Unidos había conseguido tras el 11-S el mayor consenso mundial y el más caudaloso flujo de simpatías frente a los atentados terroristas. La Alianza Atlántica activó por vez primera su artículo cinco, concebido para garantizar la defensa mutua en caso de ataque. La Francia de Jacques Chirac se puso detrás de los titulares de *Le Monde*: «Nous sommes tous

des américains» (Todos somos norteamericanos'). París y Moscú expresaron su solidaridad. También Pekín. En el mundo árabe y musulmán, a pesar de las excepciones lamentables que pudieron observarse en los territorios palestinos, los atentados fueron rechazados y denostados. Naciones Unidas apoyó y aprobó la intervención internacional en Afganistán para derrocar al régimen talibán, amigo y aliado de Bin Laden, en una acción militar multilateral y perfectamente legal que hubieran podido encabezar Bill Clinton o Bush padre. Ahí empezaron a torcerse las cosas: de esta época es la invención de Guantánamo; en aquel momento se estaba fraguando ya la intervención en Irak; la nueva estrategia de defensa norteamericana, elaborada en idénticos días, levantaba ya los planos para la guerra preventiva de Irak y la imprescindible destrucción del orden jurídico internacional que la permitiera.

Tres años tuvieron de margen el comandante en jefe y sus consejeros áulicos para reconducir esta guerra demencial. Lo que había empezado mal y seguía mal sólo podía terminar mal. Se celebraron elecciones y se constituyó un Gobierno salido de las urnas, que sólo consiguió reflejar la realidad tribal y sectaria que divide el país. La lealtad de las policías y cuerpos de seguridad que se crearon surgió de estas divisiones y no de la adaptación a las necesidades de un Estado inexistente; guerrillas y grupos terroristas se infiltraron en las milicias legales y el contrabando de armas se incorporó a la actividad económica. La zona verde de Bagdad, donde viven encerradas las autoridades norteamericanas, es el único Irak seguro; el resto es el territorio salvaje donde se producen todas las venganzas y represalias, proliferan los atentados y donde los derechos humanos más elementales son violados por unos y otros, empezando por los propios ocupantes. Irak tiene sus equivalentes de My Lai, la matanza en Vietnam que dio al traste con el prestigio del ejército norteamericano: es la ciudad de Hadhita, donde los marines ejecutaron a una veintena de civiles, mujeres, ancianos y niños en su mayoría,

en represalia por un coche bomba que dio muerte a uno de los suyos.

La imagen de Bush empezó a hacer aguas de forma irremisible, hasta convertirse en el presidente más impopular de la historia de Estados Unidos, entre el verano de 2006 y el noviembre de las elecciones de mitad de mandato. Entonces todo el mundo pudo ver y darse cuenta del laberinto sin salida en que se había metido el presidente. El huracán Katrina, que asoló las costas de Luisiana y Misisipi y destruyó por completo el centro histórico de la vieja Nueva Orleans, colmó la paciencia de los norteamericanos. Nunca se había producido antes una demostración tan flagrante de ineptitud, pereza, corrupción y negligencia por parte de una administración federal. Y en noviembre, de oca a oca, el partido republicano perdió la mayoría en las dos cámaras que había conseguido en 2002, momento en que alcanzó el cénit de su poder. Empezó la época del pato cojo (*the lame duck*) el nombre que se le da al presidente en su final de mandato, sobre todo cuando tiene al Congreso por entero en su contra. Fue pato cojo de las dos patas, sin margen de maniobra para poner en práctica ni una sola de las promesas electorales para el segundo mandato. Empezaron a desertar muchos de sus colaboradores, que querían salvarse antes de la desbandada; y sobre otros empezó el cerco de la justicia, lenta pero siempre persistente y con frecuencia inexorable. Tuvo que rodearse de antiguos asesores de su padre y atender los consejos que hasta entonces no había querido escuchar. Desde ese momento es, sin lugar a dudas, un jugador de la oca ensimismado y la oca misma, un pobre palmípedo desorientado y errabundo, que deja como herencia un corral embarrado y pestilente.

Dice la leyenda que fueron los griegos que asediaban Troya quienes entretenían el tiempo del cerco con el simplicísimo juego de la oca. Aquélla es la primera guerra que nos ha sido narrada con el lenguaje de nuestras pasiones y de nuestro dolor. Terminó cuando la inteligencia de los griegos imaginó la

introducción del caballo de madera que les permitiera entrar subrepticamente en la ciudad. Bush no sabe, en cambio, cómo terminar este cerco sobre sí mismo y sigue jugando obsesivamente a unos dados cargados por sus errores que le devuelven siempre a la casilla de partida. El epitafio para su paso desastroso por la Casa Blanca está ya redactado: nadie fue más lejos, es el peor presidente de la historia de Estados Unidos.